NOVALIS

La cristiandad o Europa

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La cristiandad o Europa

COLECCIÓN

PEQUEÑOS GRANDES ENSAYOS

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN
Álvaro Uribe

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN
Sealtiel Alatriste
David Turner Barragán
Arturo Camilo Ayala Ochoa
Elsa Botello López
José Emilio Pacheco
Antonio Saborit
Ernesto de la Torre Villar †
Juan Villoro
Colin White Muller †

DIRECTOR FUNDADOR
Hernán Lara Zavala

Universidad Nacional Autónoma de México
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

NOVALIS

La cristiandad o Europa

Presentación de
ADRIÁN SOTO BRISEÑO

Traducción de
LORENA DÍAZ GONZÁLEZ

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2009

Novalis, 1772-1801
La cristiandad o Europa / Novalis ; presentación de Adrián Soto Briseño ; tr. de Lorena Díaz González. — México : UNAM, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2009.
64 p. ; 15 cm. — (Colección Pequeños Grandes Ensayos)
Traducción de: Die christenheit oder Europa
ISBN

1. Novalis, 1772-1801 – Crítica e interpretación. 2. Cristianismo – Obras anteriores a 1800. 3. Cristianismo – Siglo XVIII. I. Soto Briseño, Adrián. II. Díaz González, Lorena, tr. III. Universidad Nacional Autónoma de México. Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial.
IV. t. V. Ser.

270.81-scdd20 Biblioteca Nacional de México

Título original: *Die Christenheit oder Europa*, en *Deutscher Geist. Ein Lesebuch aus zweit Jahrhunderten. Erster Band* (t. 1), Oskar Loerke y Peter Suhrkamp (comps.), Suhrkamp Verlag, Berlin und Frankfurt am Main, 1953, 1032 pp.

Primera edición en la colección Pequeños Grandes Ensayos: 3 de septiembre de 2009

© D.R. Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.
Dirección General de Publicaciones
y Fomento Editorial

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-Nocomercial-Compartir igual

ISBN de la colección: 978-970-32-0479-1
ISBN de la obra:

Impreso y hecho en México

Prólogo

La edad de la revelación

> Las religiones, como las luciérnagas,
> necesitan de la oscuridad para brillar.
>
> *Arthur Schopenhauer*

Quizá sea en épocas en las cuales predomina la razón, y como consecuencia de ésta el sinsentido, cuando más se presiente la existencia divina como estática, latente en el aire, y la lucha por confirmarla es heroica. Así, es posible que escondido tras lo explícito el milagro subsista bajo una apariencia ordinaria; aquello que es prodigioso debe generar fe, pero no puede, bajo ninguna circunstancia, explicar lo divino, pues ¿qué sería de la fe si estuviera confirmada por la certeza?; ¿podría alguien dudar de lo sagrado?; ¿acaso no perdería la fe su esencia al convertirse en certidumbre, y lo divino que conlleva su naturaleza al volverse ordinaria?

Es posible que en todas las épocas persista, oculto bajo lo aparente, un estrato profundo y crítico, como una corriente subterránea que acecha en el fondo de la humanidad, esperando

el instante de resurgir a la luz para inundarlo todo con ideas provenientes del reino de las tinieblas y del sueño; sus emisarios tendrían como objetivo restituir a la humanidad, no como un fin en sí, sino como un momento en el devenir del cosmos, pues ella es el pequeño eslabón que justifica la existencia del mundo: "la humanidad es el sentido más excelso de nuestro planeta, el ojo que levanta hacia el cielo, el nervio que une este mundo con el mundo superior". Me inclino a ver en Novalis, aquel que descubre tierras nuevas, un emisario de esta corriente oscura y mal comprendida, pues a menudo cuando un poeta se empeña en convertir sus idearios estéticos en ciencia y política, buscando un cambio profundo de la humanidad, y amenaza con derruir las fronteras que separan a la vigilia del sueño, aspirando a dicha transformación, su actividad se convierte en algo intolerable y peligroso, es desterrado y su palabra proscrita.

Algo fundamental comenzaba a gestarse en la época en la cual vivió Novalis. Un universo racional había desplazado a las demás formas de conocimiento, sobre todo a aquellas no fundadas sobre nociones comprobables; de ahí que fuera por completo natural que una facción

más profunda, menos analítica y dogmática que el criticismo, se resistiera al imperio de la razón. Parecería que, tras el advenimiento del luteranismo, el desarrollo teológico generado en el Medievo desplazó su actividad que, tras nutrirse de ideas renacentistas, el romanticismo temprano terminó por asimilar a través de las corrientes fundadas en el pietismo; la *theologia naturalis* se transformó en materia viva y ordenadora, de suerte que todo en aquella época parece tender hacia la religión en un entusiasmo, un ímpetu crepuscular: literatura, ciencia, filosofía e historia; pues era necesario disolver la religión para preservar lo divino; y a la vez, salvar al hombre de la concreción de las nociones a las cuales lentamente lo estaba arrastrando la Ilustración. Por tanto, el poeta debía trascender su actividad mediata, pues un hombre que no cree no puede ser poeta; todo en él es pulsión astral, *energeia*; debe aspirar a todo, a regular la totalidad de la existencia, porque venimos del misterio, somos el misterio latente, por revelarse; y para alcanzar esa revelación debemos armonizar los elementos contrarios de nuestra naturaleza, proyectar las corrientes oscuras que nos mueven, a fin de que algo en nuestro interior se produzca y evolucione.

Profundamente entusiasmado por el ensayo de Friedrich Schleiermacher *Sobre la religión: discurso a sus desdeñadores ilustrados*, Novalis compuso *La cristiandad o Europa* entre octubre y noviembre de 1799, y lo leyó por primera ocasión en Jena, durante una tertulia a la cual asistieron Friedrich y August Wilhelm Schlegel, Ludwig Tieck, Friedrich Schelling, Caroline Schlegel y Dorotea Veit, el 13 o 14 de noviembre de aquel mismo año. Las opiniones que presentaba, así como la idea de progresión histórica que impulsa a la humanidad hacia una época dorada que se nutriría de los errores de las eras precedentes, originaron arduas disputas entre los románticos. Mientras Friedrich Schelling[1] sugirió que el ensayo fuese publicado en la revista *Athenaeum*, Ludwig Tieck, August Schlegel y Dorotea Veit se mostraron más escépticos frente a su contenido. Finalmente acordaron presentar el manuscrito a Goethe para que decidiera sobre su destino; enviaron el ensayo a Weimar y, como resultado lógico, fue rechazado, lo cual provocó que se publicara cuando ya había transcurrido un cuarto de siglo desde la muerte de su autor, tras imprimirse por cuarta vez las obras recopiladas de Novalis.

Era natural que Goethe se opusiese a las ideas que se presentaban en el ensayo, ya que en su obra lo social domina a lo poético, lo encauza en un sentido económico y práctico, mientras en los escritos de Novalis la poesía busca fundirse con la política, como una fuerza antigua y vivificadora: la anunciación de una nueva humanidad, la humanidad de la trascendencia. Hombres de sentido común consideraron oscurantistas las ideas presentadas en *La cristiandad o Europa*, pues creían que en este texto se abogaba por el regreso a épocas de terror ya superadas, cuando en realidad Novalis deseaba comprender el fluir de las fuerzas históricas para anunciar un nuevo equilibrio: no el predominio de lo intuitivo sobre la razón, sino su comunión con ésta.

Friedrich von Hardenberg[2] partió de la convicción de que la historia de la humanidad tiene un sentido, y para deducir su cauce es necesario adaptar su ritmo, entender dentro de nosotros sus procesos y conciliarlos con el crecimiento de nuestras cualidades, permitirles madurar en nuestro interior para transformarlas en nosotros mismos y aceptar su fluir. Como un sentido que va mutando y en el cual se transparentan nuevas sensibilidades, nuestro conocimiento del mundo

se desplaza; lo mismo sucede con la historia, pues quizá lo que en una época es un problema, más tarde, cuando el mundo ha virado y las piezas de la historia se han ajustado a un nuevo orden, pueda transformarse en una solución. El mundo adquiere así profundidad y la historia cobra dimensiones más altas y complejas; dentro de su discurrir el poeta debe permanecer como un centinela, esperando, a su vez, el momento en que pueda introducir su actuar en este devenir que somos.

Bajo esta noción de la historia el poeta reorganiza los acontecimientos en su interior, ajustándolos a su sensibilidad, entreviendo en ella significados más amplios y profundos. Situándose sobre el discurrir de los acontecimientos, Novalis concibió la historia de Europa como parte de un proceso de disgregación de lo divino. De esta forma, si Lutero liberó a la religión del servilismo en que se encontraba bajo la tutela de la Iglesia de Roma, lo hizo para proclamar la fe en la letra y permitirle al pueblo salvarse a partir de los textos sagrados; por tanto, le fue concedido a cada hombre dirigir su alma hacia la divinidad. Sin embargo, aquella floreciente libertad de las almas era sumamente ingenua, y

sin terminar de florecer comenzó a marchitarse: una vez disuelto el yugo papal, los pequeños principados buscaron su independencia e impidieron, en conjunto, la unión de las distintas iglesias protestantes: *ecclesia pressa.*[3] Ya sin poder ideológico, político o militar, la religión empezó a fracturarse; su comunidad fue disuelta y reducida bajo los caprichos de una soberanía espuria, la cual, en ausencia de orden divino que legitimara su poder, se encontraba sujeta únicamente a sí misma. La fe pendía ya sólo del estudio de una letra antigua, la cual podía ser interpretada a complacencia.[4]

Pero aún era necesario liberar nuestras nociones de sus vínculos con la palabra escrita, debido a lo cual Kant estableció el *sapere aude*[5] como única forma de conocimiento crítico; cada individuo debía aspirar a la verdad por su propio discernimiento, desterrando toda creencia fundada en la intuición y en los antiguos mitos. Se consideró entonces a la fantasía, la revelación y el milagro como productos de épocas superadas, sumidas en la barbarie, y se les proscribió junto con la religión; ninguna emanación divina debía interferir más en asuntos mundanos: el cielo fue clausurado sobre las

cabezas de los hombres y todo el paisaje cobró una consistencia más brutal y analítica. Bajo esta perspectiva la Revolución francesa no fue sino la incorporación política de las cualidades divinas a la comunidad; tras el destierro del último dios sobre la tierra los ciudadanos debían respetar a sus semejantes sólo por la ambigua fraternidad que los unía; y los hombres, ensimismados en lo mediato, enajenados en su relación con otros individuos, terminaron por olvidar lo esencial: su vínculo con el universo. Fue así como el mundo se encontró sumido en la opacidad dialógica y la aridez espiritual, un inmenso cuerpo diseccionado por la razón, pudriéndose bajo la luz de un cielo ya sin dioses. El hombre cerró sus sentidos como se cierran las dos puertas gigantescas del misterio, pues el universo entrevisto sólo por nuestra intuición siempre será negado por aquellos que exigen certeza y claridad.

Sin embargo aún perduraba la esperanza; la fe se había escondido en los límites oscuros en que la razón era incapaz de penetrar, ya que ahí donde gobierna la fantasía el espíritu se multiplica y recorre libre reinos apenas imaginables. Sin una divinidad a la cual ofrendarse, la obra de arte tiende a convertirse en ego y decaimiento

del espíritu, mecanización y degradación del ser humano. Por tanto, tras el destierro de los antiguos dioses, la poesía requería generar nuevos mitos; su emisario aspiraba a inaugurar un espacio hierático capaz de transformar el conjunto de experiencias humanas; el éxtasis de la poesía debía transfigurar a la civilización, engendrar en la ciencia y la política un germen sagrado que las vinculara con la divinidad, despertando así las fuerzas creativas que subsisten latentes en cualquier hombre, porque a diferencia de los ilustrados, en sus orígenes el romanticismo no buscaba realzar sólo un fragmento del individuo, dejando los restantes en un estado inferior, sino restituir al ser humano a su verdadero carácter, dentro del cual la poesía habría de convertirse en mediadora entre la razón y la fe; una intuición más profunda y consciente debía surgir de esa unión: "La ciencia es sólo una mitad. La otra mitad es la fe –en todo saber hay fe–. Todo saber empieza y termina en ella".

Von Hardenberg intuía que una fe fundada en la razón terminaría por conciliar las contradicciones de la Historia. Sin olvidar que la contraposición entre las distintas corrientes históricas es quizá la característica de nuestra búsqueda, a

diferencia de la armonía, pues ésta es la fuerza que inhibe la necesidad espiritual del universo, consideraba que el desequilibrio de aquellas épocas podía solucionarse a través de la integración de los contrastes en una especie de maduración histórica del hombre; esperaba una época en la cual, superando las etapas precedentes, el mundo se abriría para dar paso a una gloriosa revelación: el hombre se encontraría completo, nada en él sería negado: nada de su intuición divina ni de su capacidad de razonar; analizaría cada milagro en un acto creativo, sublimando la existencia a cada instante.

En tanto aquello no ocurriera el poeta requería tener fe, pero ella se presenta bajo el aspecto de un doloroso anhelo, porque creer se funda en un acto terrible: significa delegar todos nuestros poderes, todas nuestras cualidades a un fin indeterminado sobre el cual nunca tendremos dominio; debemos templarnos bajo su insignia, pues "el dolor es una actividad divina". A la vez, aquella disolución de la fe la vuelve invulnerable, independiente de cualquier sistema bajo el cual se busque analizarla; ella preludia el milagro, es la revelación en el milagro, la cual provoca que los pasos precedentes pierdan importancia. Por

eso, cuando logremos superar la fe, cuando se haya abierto como una revelación para convertirse en certeza intuitiva y maravillosa, dicha certeza, esa confianza plena en la realización divina, en su milagrosa voluntad, anulará todo lo anterior: ya no importará la fe, ya no será anhelada, porque se habrá convertido en algo más, se habrá vuelto explícita; a través de ella habremos evolucionado y un nuevo mundo se extenderá ante nuestros ojos, infinitamente pleno y libre.

Adrián Soto Briseño

Notas

[1] Schelling deseaba publicarlo junto con un poema paródico de su autoría: "Confesiones epicúreas de la fe de Heinz Wiederpostens".
[2] Se trata del nombre real de Novalis, que adquirió su seudónimo de un antepasado del siglo XIII para publicar por primera ocasión en el *Athenaeum*, pues los editores le exigían presentarse bajo signatura o sobrenombre.
[3] Iglesia perseguida o reprimida.
[4] Lutero mismo sufrió las consecuencias de aquella disgregación de la comunidad cristiana en favor de los intereses de los pequeños principados, así como la interpretación libre de la Biblia por un pueblo embrutecido y arrogante; por eso escribió desconsolado: "Con esta doctrina, cuanto más se avanza peor se vuelve el mundo, es la obra y el trabajo de este diablo maldito. Bastante se ve cómo es ahora el pueblo más avaro, más cruel, más impúdico, más desvergonzado y peor de lo que era bajo el papismo".
[5] La frase horaciana convertida en máxima programática de la Ilustración tras el ensayo "¿Qué es la Ilustración?" de Immanuel Kant: "¡*Sapere aude*! ¡Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento!" A pesar de las discrepancias entre el pensamiento de Novalis y el de Kant, algunos germanistas consideran que el primer romanticismo comenzó siendo la acentuación del movimiento ilustrado en su búsqueda del perfeccionamiento del hombre. Las aspiraciones de Kant, "Todavía falta mucho para que la totalidad de los hombres, en su actual condición, sean capaces o estén en disposición de servirse bien del propio entendimiento", resuenan en Novalis como un anhelo: "¿Cuándo comenzará la humanidad entera a reflexionar sobre sí misma?"

Fueron tiempos hermosos y resplandecientes en los que Europa era una tierra cristiana, cuando en esta parte del mundo habitaba una cristiandad organizada humanamente; un enorme interés comunitario vinculaba las provincias más remotas de este vasto reino espiritual. Sin grandes posesiones mundanas, un líder conjuntaba y dirigía las enormes fuerzas políticas. Un gremio numeroso, accesible a todos, se encontraba directamente subordinado a él, cumplía sus exhortaciones y con entusiasmo aspiraba a consolidar su poder caritativo. Cada miembro de esa sociedad era honrado por todas partes, y si la gente ordinaria buscaba en él consuelo o apoyo, protección o consejo, con gusto la ayudaba en sus diversas necesidades. Así, en los poderosos encontraban resguardo, prestigio y audiencia; todos cuidaban de estos hombres elegidos y dotados de fuerzas sorprendentes, como niños del cielo, cuya presencia y encanto infundían múltiples bendiciones. Los hombres depositaban una confianza infantil en su revelación. ¡Con qué serenidad podía

llevar a cabo cada quien su jornada terrena, pues a través de estos hombres santos se les deparaba un futuro seguro y eran absueltos de cada falta, y cada instante turbio de la vida era destruido y clarificado! Ellos eran los capitanes experimentados sobre grandes mares ignotos, con cuyo auxilio los hombres eran capaces de sortear todas las tormentas, y con optimismo vislumbraban su arribo seguro a la costa del verdadero mundo patrio.

Los instintos más salvajes e insaciables debían ceder ante la veneración y obedecer a sus palabras. De ellas sólo surgía paz. No predicaban más que amor a la santa, a la hermosísima Señora de la Cristiandad, quien provista de fuerzas divinas estaba dispuesta a salvar a cada creyente de los peligros más terribles. Contaban de hombres celestiales, muertos hacía mucho tiempo, que por fe y lealtad a aquella bienaventurada madre y a su benévolo y divino hijo consiguieron superar las tentaciones del mundo terrenal, alcanzando gloriosos honores, asumiendo poderes benéficos y protectores de sus hermanos aún vivos, guardianes serviciales en tiempos de necesidad, representantes del dolor humano y piadosos intercesores de la humanidad ante el trono divino.

Con cuánta serenidad eran abandonadas las bellas reuniones en las misteriosas iglesias, adornadas con conmovedoras imágenes, impregnadas de deliciosos aromas y animadas con espléndida música sacra. En su interior, los restos consagrados de antiguos hombres temerosos de Dios se conservaban en exquisitos recipientes; a través de ellos se revelaba la bondad y omnipotencia divinas y, en la infinita claridad de aquella devoción, a los creyentes se les manifestaban prodigios y signos milagrosos. De esta manera fueron preservados los rizos de aquellas queridas almas, recuerdos de los amados difuntos que el dulce fervor reunirá en la muerte reconciliadora. Los poseedores de los restos que habían pertenecido a esas almas amadas se reunían por todas partes con cordial diligencia, y aquel que pudiese conseguir o tan sólo tocar una reliquia se consideraba afortunado. Continuamente parecía posarse la sublime gracia celestial en una fantástica imagen o en un sepulcro, y los hombres concurrían hacia aquellas regiones llevando hermosos obsequios y recibían a cambio regalos celestiales: paz del alma y salud en el cuerpo.

Esta poderosa y pacificadora sociedad buscaba asiduamente hacer partícipes a todos

los hombres de su hermosa fe, y envió a sus emisarios a todos los confines de la Tierra para predicar por doquier el evangelio de la vida, buscando convertir el reino de los cielos en el único reino sobre este mundo. Por piedad el sabio líder de la Iglesia rechazó las insolentes enseñanzas de la evolución humana a costa del sentido de lo divino y de peligrosos descubrimientos inoportunos en el campo del conocimiento. De esta forma se opuso a que osados pensadores afirmaran públicamente que la Tierra era un insignificante astro en perpetuo movimiento, pues sabía que los hombres perderían, además del respeto hacia su hogar terrenal, la creencia en su patria celestial y en su linaje, y preferirían el conocimiento limitado a la fe infinita, acostumbrándose a despreciar todo lo glorioso y digno de admiración, considerándolo tan sólo reacción inerte. En su corte se congregaban los hombres más sabios y honorables de toda Europa. Todos los tesoros fluían en esa dirección; la Jerusalén destruida logró vengarse y la misma Roma se transformó en Jerusalén, convirtiéndose en la santa residencia del imperio divino sobre la Tierra. Los príncipes sometían sus desacuerdos ante el padre de la cristiandad; de buena fe depositaban a sus pies

coronas y ostentación; respondiendo a su gloria, resolvían sus discrepancias como miembros de este alto gremio; declinaban sus vidas en bendita contemplación bajo los solitarios muros de un monasterio. Cuán caritativos y adecuados eran este régimen y su organización a la naturaleza innata de los hombres lo revelan el imponente auge de las fuerzas humanas, el desarrollo armonioso de todas las disposiciones, el prodigioso nivel que alcanzó el individuo en todos los campos del saber: las ciencias, la vida y las artes; en todos lados floreció el comercio de mercancías espirituales y terrenas, desde Europa hasta la lejana India.

Éstos fueron los rasgos esenciales de los tiempos auténticamente católicos o verdaderamente cristianos. Pero la humanidad aún no había madurado por entero, ni estaba lo suficientemente formada para recibir este reino magnífico. Fue un primer amor, que languideció bajo el peso de los negocios, cuyo recuerdo fue sustituido por preocupaciones egoístas y su vínculo pregonado como fraude y delirio; tras experiencias posteriores fue censurado para siempre por gran parte de los europeos. Acompañada por devastadoras guerras, esta

gran escisión interior fue una extraña señal del carácter nocivo de la cultura para el sentido de lo invisible, por lo menos de un temporal carácter nocivo de determinada cultura. Pues aquel sentido inmortal no puede ser destruido, pero sí encubierto y desplazado por sentidos explícitos.

Una prosaica comunidad de hombres reprimió sus inclinaciones, la creencia en su estirpe,[1] y se acostumbró a volver sus pensamientos y anhelos únicamente hacia los medios de su bienestar; las necesidades y el gusto por las artes se volvieron más complejos; el hombre ambicioso requería mucho tiempo para satisfacer esas necesidades y adquirir habilidades en función de ellas, por lo cual carecía de momentos para la concentración serena de su ánimo y la atenta contemplación de su mundo interior. En periodos de conflicto le parecía más importante el interés por el presente; así decayeron el bello auge de su juventud, la fe y el amor, dando lugar a frutos más ásperos: el saber y el tener. Al final del otoño se piensa en la primavera como en un sueño infantil, y con absurda ingenuidad se espera que los graneros estén siempre repletos. Cierta soledad parece necesaria para el florecimiento de sentidos

elevados, debido a lo cual el trato demasiado extendido entre los hombres debe inhibir algún germen sagrado, ahuyentando a los dioses, a quienes repelen el agitado bullicio de sociedades enajenadas y las negociaciones de asuntos mezquinos. Más allá de aquéllas nos encontramos frente a épocas y periodos,[2] pero ¿no es acaso inherente a éstos la oscilación, el cambio a movimientos opuestos?; ¿acaso no les es propia esta duración limitada, no se encuentran en su naturaleza el crecimiento y la decadencia?; ¿no debemos esperar confiados una resurrección, una renovación, en una forma nueva y completa? Evoluciones progresivas y siempre cambiantes son la materia de la Historia. Lo que aún no alcanza la perfección, la conseguirá en un intento posterior o uno reiterado. Nada es perdurable, y lo que la Historia toma de cambios incontables se desarrolla siempre en ricas formas, continuamente renovadas. Una vez surgió el cristianismo lleno de poder y magnificencia, hasta que, con omnipotencia y burla, una nueva inspiración mundana condujo su letra hacia la ruina. La indolencia infinita pendía sobre el gremio de un clero ahora seguro, el cual se amparaba bajo el sentimiento de su reputación; mientras tanto

los laicos extrajeron de sus manos experiencia y sabiduría, avanzando así con pasos enormes en el camino de la cultura. Al olvidar su verdadera misión, el ser los primeros hombres bajo el espíritu,[3] el entendimiento y la educación, se les subieron a la cabeza anhelos desbordantes y viles; su vestimenta y profesión los volvieron más repugnantes por la infamia y la bajeza de sus pensamientos. Así disminuyeron el respeto y la confianza, mientras el sustento de estos reinos desapareció paulatinamente, por lo cual dicho gremio fue destruido; de esta forma, el verdadero reinado de Roma había terminado en silencio, tiempo antes de la violenta insurrección. Sólo algunas medidas transitorias evitaban que la organización eclesiástica se convirtiera en cadáver y la preservaban de una pronta disolución; buscaban, por ejemplo, eliminar la prohibición del matrimonio sacerdotal, medida que empleada de igual forma por el estamento militar podía devolverle consistencia para prolongar su vida. ¿Qué era más natural que el que una cabeza inflamada[4] predicara finalmente una rebelión pública en contra de la letra despótica de antiguas disposiciones, con tanta más fortuna cuanto que era miembro del mismo gremio?

Con justicia los insurgentes se nombraron protestantes, pues solemnes se oponían a las pretensiones de un poder en apariencia incómodo e ilegítimo, que actuaba contra sus conciencias; en principio retomaron el derecho implícitamente cedido a la investigación, la disciplina y el juicio religiosos, considerándolo vacante de nuevo, y lo reclamaron para sí. Establecieron también una serie de principios rectos, introdujeron un conjunto de cosas loables y eliminaron un cúmulo de estatutos corruptibles; pero no previnieron el resultado necesario de este proceso: separaron lo inseparable, dividieron a la Iglesia indivisible, y se apartaron sacrílegamente de la sociedad cristiana, ya que sólo a través de ella y en ella era posible el auténtico y permanente renacer. La situación de anarquía religiosa sólo puede ser efímera, pues consagrar a un número de hombres exclusivamente a esta función e independizarlos de autoridades terrenales ajenas a estos asuntos es un motivo que aún perdura con validez y permanece vigente; la instauración del consistorio y la conservación de una clase clerical no remediaron esta necesidad, ni fue suficiente compensación. Desafortunadamente los príncipes se habían mezclado en esta esci-

sión, y muchos utilizaron los desacuerdos para afianzar y ampliar su poder territorial, así como sus ingresos. Estaban satisfechos por quedar eximidos de toda alta autoridad y tomaron los nuevos consistorios bajo su potestad y dirección soberana; buscaban impedir la unión de las iglesias protestantes, y así fue sitiada la religión irreligiosamente dentro de las fronteras estatales, implantando los cimientos para la progresiva destrucción del interés religioso cosmopolita. De esta forma la religión perdió su pacificadora influencia política, su carácter de principio unificador e individualizador en la cristiandad. La paz religiosa se instauró siguiendo principios completamente falsos y opuestos a la religión; fue retomada por el protestantismo de manera enteramente contradictoria: como un gobierno en perpetua revolución.

Sin embargo, puesto que los conceptos puros no podían ser la base del protestantismo, Lutero manejó el cristianismo de forma arbitraria; desconociendo su espíritu introdujo otra letra y otra religión; antepuso[5] la sagrada validez de la Biblia y la mezcló desgraciadamente con una ciencia terrenal, ajena a los asuntos religiosos: la filología, cuya influencia extenuante terminó

por hacerse evidente. Por el sentimiento ambiguo de esa equivocación, una gran parte de los protestantes elevó a Lutero a la categoría de evangelista, y su traducción fue canonizada.

Este hecho fue por entero pernicioso para el sentido divino, pues nada destruye tanto su sensibilidad como la letra. En anteriores circunstancias nunca llegó a ser tan dañina debido a la gran extensión, flexibilidad y abundante materia de la fe católica, al igual que el esoterismo de la Biblia y la fuerza sagrada de los concilios y del líder espiritual; pero ahora los remedios habían sido destruidos y la popularidad absoluta de la Biblia fue ratificada; así, el contenido escaso, el proyecto vago y abstracto de la religión, ejerció a través de esos libros[6] una presión indiscutible que obstaculizó excesivamente la libre vivificación, penetración y revelación del Espíritu Santo. Por consiguiente el protestantismo ya no muestra más visiones maravillosas y sublimes de lo supraterrenal; sólo en sus inicios brillan sobre él fugaces llamas celestes; poco después es notoria la sequía del sentido sagrado; lo mundano prevaleció y el sentido artístico desfallece convulsivamente; sólo rara vez, aquí o allá, brota el eterno y puro resplandor de la

vida, al cual se asimila una pequeña comunidad; cuando el resplandor se extingue, la comunidad se dispersa y es arrastrada por la corriente. Así sucedió con Zinzendorf, Jakob Böhme[7] y algunos más. Predominan los moderados mientras se acerca el tiempo de una total atonía de los órganos superiores, hasta que venga la edad de la incredulidad práctica. Con la Reforma se perdió la cristiandad, después de ella no existe más. Católicos y protestantes (o reformados) permanecen bajo una falta de comunicación sectaria más acentuada que entre mahometanos y paganos. Los restantes estados católicos continuaron vegetando, no sin sentir perceptiblemente la influencia nociva de los contiguos estados protestantes.

Fue entonces cuando se originó la política moderna, pues poderosos estados aislados buscaron apoderarse de la sede universal, ahora vacante y transformada en trono. A la mayoría de los príncipes les pareció indigno reparar en un clero impotente; por primera vez sintieron el peso de su fuerza corporal sobre la Tierra; descubrieron los poderes celestiales inactivos debido a la lasitud de sus representantes; entonces buscaron cautelosamente derribar el fastidioso

yugo romano para hacerse independientes sobre la Tierra, evitando a los fervorosos súbditos que aún se encontraban apegados al poder papal. Sensatos pastores apaciguaron sus conciencias intranquilas, pues sin perder nada adjudicaban a sus hijos espirituales la disposición de los bienes de la Iglesia.

Afortunadamente para la organización anterior de las cosas, una nueva orden clerical consiguió emerger;[8] en ella el espíritu agonizante de la jerarquía católica parecía haber vertido sus últimos dones; restableció lo antiguo con nueva fuerza, y apoyándose en una milagrosa intuición se encargó de regenerar el reino pontificio con aguda penetración y tenacidad, con tanta inteligencia como nunca antes se había visto en la historia humana. Ni siquiera el antiguo Senado romano había trazado con tanta seguridad de éxito planes para la conquista del mundo, ni se había pensado con mayor inteligencia en la ejecución de tan alta idea. Esta orden será por siempre un modelo para todas las sociedades que sientan una añoranza orgánica por su expansión y duración, pero también una prueba eterna de que perder de vista los acontecimientos hace fracasar a las empresas más prudentes, pues el

desarrollo natural de la especie humana reprime el incontenible desarrollo artístico de una parte de ella. Las aptitudes de toda facción poseen límites; sólo la capacidad de la humanidad completa es incalculable, puesto que si no son trazados siguiendo las disposiciones del género entero, todos los planes tienden a fracasar invariablemente.

Más notable es esta orden como el origen de las sociedades secretas, un germen histórico aún inmaduro, pero ciertamente importante. De hecho el luteranismo (no se diga el protestantismo) no pudo enfrentar a un rival más peligroso; bajo su cuidado todo el encanto de la fe católica se volvió aun más fascinante, y los tesoros de las ciencias volvieron a fluir hacia sus celdas. Lo que se había perdido en Europa lo buscaron sus miembros en otras partes de la Tierra; en los extremos más remotos del mundo aspiraron a recuperarlo, apoderándose de la dignidad y el oficio apostólicos, y haciéndolos vigentes. Tampoco escatimaron esfuerzos por adquirir popularidad, pues bien sabían cuánto había tenido que agradecer Lutero a sus artes demagógicas y a su estudio del pueblo común. Por todos lados fundaron escuelas; agolpándose

en los confesionarios, encumbraban las cátedras y empleaban las prensas; llegaron a ser poetas y filósofos, ministros y mártires, y continuaron con su formidable expansión desde América hasta China, atravesando Europa, con la más conmovedora concordancia entre doctrina y acto. Con sabio discernimiento reclutaban en sus escuelas para su orden. Predicaron contra los luteranos con una pasión destructiva; buscaron convertir el exterminio más cruel de aquella herejía (que consideraban compañera del diablo) en un deber apremiante de la cristiandad católica.

Sólo a ellos debían agradecer los estados católicos, y en especial la sede papal, su prolongada supervivencia tras la Reforma, y quién sabe qué hubiera ocurrido si la debilidad de sus superiores, el celo de los príncipes y de las órdenes clericales, las intrigas de las cortes y distintas circunstancias no hubiesen atajado su osado paso; cerca estuvieron de destruir con ellos la última fortificación de la fe católica. Ahora, en los confines más lejanos de Europa descansa, miserable, esta orden desafortunada; quizá se extienda desde ahí al pueblo que la protege, y con renovadas fuerzas se propague hacia su antigua patria, tal vez bajo un nombre distinto.

La Reforma fue un signo de su tiempo; significativa para toda Europa, incluso cuando en principio sólo estalló en la Alemania verdaderamente libre. Los buenos dirigentes de todas las naciones habían alcanzado en secreto la mayoría de edad; desengañados de su profesión se revelaron, cada vez con más atrevimiento, contra las fuerzas que los constreñían. Según antiguas disposiciones el docto es por instinto enemigo del clero; dado su estamento, los instruidos y los eclesiásticos propiciarían una guerra de exterminio siempre que se encontrasen separados, pues pelean por el mismo puesto. Su separación se agudizó cada vez más, y los doctos expandieron tanto más su territorio cuanto que la historia de la humanidad europea se acercaba al periodo de la erudición triunfante, y el conocimiento y la fe se encontraron en abierta oposición. En la fe se buscó el motivo del estancamiento general, y a través del saber se buscó superarlo. Por todos lados el sentido sagrado padeció múltiples persecuciones debido a su carácter anterior, a su degradación prematura. El resultado del pensamiento moderno fue llamado filosofía y se reunió en ella todo lo que se oponía a lo antiguo, especialmente cada idea contraria a la religión.

En un principio el resentimiento particular en contra de la fe católica se transformó en un odio progresivo a la Biblia, al credo cristiano y, finalmente, se extendió a toda religión. Más aun, el odio a la religión se expandió, de forma lógica y consecuente, a cualquier objeto de entusiasmo; se repudió la fantasía y el sentimiento, la moral y el amor al arte, el futuro y el pasado; con enormes dificultades el hombre fue erigido sobre el orden natural de la existencia, y la infinita música creadora del universo se transformó en el ruido monótono de un terrible molino, accionado por la corriente del azar y abandonado a su suerte; un molino en sí, sin arquitecto ni molinero, era en verdad un auténtico *perpetuum mobile*, un molino triturándose a sí mismo.

El entusiasmo por esta espléndida filosofía le fue transferido generosamente al pobre género humano y se volvió indispensable, como piedra de toque, en la formación más alta de cada uno de sus integrantes, en especial de sacerdotes y mistagogos. Francia fue afortunada al convertirse en el regazo y la sede de esta nueva fe vinculada al conocimiento. A pesar de que la poesía estaba sumamente desacreditada en aquella nueva Iglesia, subsistieron algunos poe-

tas que aprovecharon los viejos ornamentos y la luz primigenia para la consecución de sus propios fines; pero de momento corrían el peligro de inflamar el nuevo sistema con las llamas del mundo antiguo. Sin embargo, astutamente sabían mojar con agua fría a los oyentes aún en ascuas. Aquellos hombres se ocupaban de extirpar de la poesía a la naturaleza, a la tierra, al alma humana y a las ciencias; de exterminar cada vestigio sagrado; de enturbiar el recuerdo de todos los acontecimientos sublimes y la memoria de los hombres elevados por medio de sarcasmos, despojando al mundo de todo ornamento policromo.

Por su audacia y obediencia matemática la luz se volvió su predilecta, alegrándose de que ésta se fragmentara antes de jugar con los tonos, y bajo su insignia designaron su gran negocio: la Ilustración. En Alemania este proyecto fue conducido meticulosamente; se reformó la educación, pues en los cánones antiguos se buscaron nuevos significados razonables y ordinarios, con los cuales meticulosamente fue despojada la religión de todo rastro de maravilla y misterio. Toda su erudición se empleó en cortar su huida hacia la historia, a la cual buscaron ennoblecer,

convirtiéndola en un retrato familiar y efímero de costumbres caseras y burguesas.

Dios se transformó en un ocioso espectador del espectáculo ambulante representado por aquellos eruditos, y al finalizar debía homenajear y hacerles ofrendas tanto a poetas como a actores. Con predilección el pueblo fue adecuadamente ilustrado y se le enseñó el exquisito gusto cultivado; así surgió un nuevo gremio europeo: el de los filántropos e ilustrados. Por desgracia, a pesar de todos los intentos de modernizarla, la naturaleza siguió siendo maravillosa e incomprensible, poética e infinita. Si en alguna parte resurgía una antigua superstición sobre un mundo más elevado, sonaban alarmas por todas partes y, de ser posible, el destello peligroso era asfixiado por la filosofía y la burla; irónicamente, la tolerancia fue la consigna de los intelectuales y, sobre todo en Francia, era equivalente a la filosofía.

Esta historia de la incredulidad moderna es de suma importancia, pues en ella se encuentra la clave de terribles acontecimientos de los tiempos actuales. Sólo en este siglo, particularmente en su última mitad, aquel fenómeno logró alcanzar una grandeza y una diversidad colosales; era

inevitable una segunda Reforma, más extensa y peculiar, pero primero había que encontrar a la nación más modernizada y que durante más tiempo había permanecido en una situación asténica por falta de libertad. El fuego celeste se habría avivado mucho tiempo antes, abrasando los intrépidos planes de la Ilustración, si la coerción e influencia mundana no la hubieran beneficiado. Pero en el instante en que se suscitó un conflicto entre los eruditos y los reinos, entre los enemigos de la religión y de su corporación, ésta resurgió como elemento decisivo y mediador, lo cual debe ser reconocido y predicado por cada partidario de la religión, aun cuando no fuese de modo demasiado explícito. De lo que no puede dudar en absoluto el alma histórica es de que el momento de la resurrección ha llegado, y precisamente los acontecimientos que inhibían su desarrollo y amenazaban con su ruina se transformaron en los signos más propicios de su regeneración, pues la verdadera anarquía es el elemento renovador de la religión; de entre la destrucción de todo lo auténtico, la religión eleva su gloriosa cresta a lo alto como la nueva creadora del mundo. Al igual que el hombre sólo asciende al cielo cuando ya nada lo sujeta,

los órganos sagrados surgen por sí mismos de la mezcla general y uniforme, de entre todas las disposiciones y fuerzas humanas, como el antiguo núcleo de la creación terrenal. El espíritu de Dios flota sobre las aguas, y una isla celestial emergerá primero como morada de los nuevos hombres, un torrente de la vida eterna sobre el agitado oleaje del mundo.

El auténtico observador contempla tranquilo y en silencio los nuevos tiempos revolucionarios. ¿No intuye que la Revolución del Estado es acaso como Sísifo, a quien en el momento de alcanzar la cima del equilibrio su pesada carga lo impulsa de nuevo hacia abajo, a distintos lugares? La Revolución nunca permanecerá arriba si una atracción no la une al cielo[9] dejándola suspendida en las alturas, y todos sus sostenes serán infinitamente débiles si su estado mantiene la inercia hacia la tierra; pero si una elevada añoranza la vincula a las alturas del cielo, concediéndole una relación con el universo, encontrará en ella un impulso inagotable, y ¡sus esfuerzos se verán ampliamente recompensados! Los remito a la historia; con su conocimiento investiguen la persistencia de sucesos similares y aprendan a usar el maravilloso báculo de la analogía.

¿Deberá la Revolución seguir siendo de los franceses como la Reforma fue luterana?; ¿debe el protestantismo ser considerado de nuevo un gobierno antinatural en perpetua revolución?; ¿debe una letra dejar sitio a otra letra?[10] ¿Buscan ustedes el germen de la ruina en el antiguo espíritu, y creen poder crear una nueva institución, un espíritu mejor? ¡Oh! que el Espíritu de los espíritus los satisfaga y desistan del necio empeño de moldear a la historia de la humanidad y darle dirección. ¿Acaso ella no es independiente, arbitraria, tan beatífica como infinitamente encantadora y profética? Estudiarla, entregársele, aprender de ella, mantener su paso, seguir con fe sus secretos y sus señales, en eso nadie piensa.

En Francia se ha hecho mucho por la religión al despojarla del derecho de ciudadanía y dejarle sólo el de residencia, no sólo en una persona, sino en todas sus innumerables e individuales manifestaciones. Como una extraña e insignificante huérfana, debe conquistar una vez más los corazones y ser querida por todos, para que se le adore públicamente y le sea permitido entrometerse en asuntos mundanos, dando consejos amigables para el mejoramiento

del alma. Históricamente sigue siendo extraña esa gran máscara férrea que, bajo el nombre de Robespierre, buscó en la religión el núcleo y la fuerza de la república, y también la indiferencia con que se consideró a la teofilantropía (aquel misticismo de la moderna Ilustración), así como las nuevas conquistas de los jesuitas y el acercamiento a Oriente a través de las relaciones políticas contemporáneas.

A excepción de Alemania, en los demás países europeos sólo resta profetizar que tras el advenimiento de la paz comenzará a latir en su interior una superior y religiosa existencia, que pronto consumirá cualquier otro interés mundano. Por el momento, en Alemania ya son evidentes las improntas de un mundo distinto; con paso lento pero seguro, ella precede a los demás países europeos. Mientras éstos se ocupan de la guerra, la especulación o el espíritu de partido, el alemán se prepara con empeño para la camaradería en una época de cultura elevada, y esta decisión deberá conferirle gran predominio con el transcurso del tiempo. En las ciencias y las artes se divisa una poderosa fermentación; el espíritu evoluciona infinitamente cuando se extrae un filón reciente y fresco. Las

ciencias nunca estuvieron en mejores manos ni provocaron mayores expectativas; distintos aspectos de los objetos son develados; nada permanece inamovible, sin sopesamiento o sin registro; todo se indaga; los escritores son cada vez más originales y enérgicos; cada estatua de la historia antigua, cada arte, cada ciencia encuentra adeptos, es abrazada y fecundada con amor reiterado. Infinita variedad, una profundidad maravillosa, un brillo resplandeciente, conocimientos vastísimos con frecuencia unidos audazmante a una exquisita y poderosa fantasía se encuentran aquí y allá. Ante el racionalismo se ha vengado[11] una voluntad creadora, ilimitada, de diversidad sin fin, de propiedades divinas, y con las capacidades inherentes al hombre parece activarse en todos lados. Despertando del sueño matutino de la desvalida infancia, una parte de la humanidad emplea sus primeras fuerzas contra las serpientes que envuelven su cuna y pretenden privarla del uso de sus miembros.

Aún son sólo presagios inconexos y prematuros, pero revelan ante la mirada histórica una individualidad universal, anunciando una nueva historia y una nueva humanidad, el abrazo más dulce de una joven y sorprendida Iglesia, de

un Dios amoroso, y la concepción entrañable de un nuevo mesías en sus miles de miembros. ¿Quién no siente el delicado pudor de una dulce esperanza? El recién nacido será la imagen de su padre: una edad de oro con oscuros ojos, una edad profética, milagrosa y consoladora, un tiempo encendido por una vida infinita, una edad de reconciliación; un nuevo Salvador que, como verdadero genio, surgirá de entre la humanidad, la cual, sin verlo, creerá en él, y bajo formas innumerables se mostrará a los creyentes, consumido en el pan y el vino,[12] y será abrazado como la amada y respirado como el aire, como la palabra y el canto será escuchado, y con voluptuosidad celestial será acogido como la muerte, entre los supremos dolores del amor, dentro del cuerpo arrebatado.

Ahora nos encontramos a suficiente altura para sonreírles amigablemente a aquellas épocas pasadas y para reconocer en cada extraño delirio singulares cristalizaciones de la materia histórica. Agradecidos, deseamos estrecharles las manos a aquellos eruditos y filósofos, pues sus terribles ilusiones debieron consumarse para mayor provecho de sus descendientes, validando con ellas la prueba científica de las

cosas. Más encantadora y multicolor subsiste la poesía como una India adornada frente a las frías e inertes cimas del entendimiento de salón; para que esta India se encuentre en el centro del globo terráqueo, tan cálida y hermosa, un frío mar inmóvil, peñascos inertes, niebla en lugar de astros en el cielo y una noche larga y gélida debieron hacer inhóspitos ambos extremos.[13] El profundo significado de la mecánica pesaba sobre los anacoretas en los desiertos de la razón; el seductor conocimiento causal los sometió; lo antiguo se vengó de ellos, y con maravillosa abnegación sacrificaron lo más sagrado y hermoso del mundo a la primera conciencia de sí mismos; fueron los primeros en entrever la santidad de la naturaleza, la infinitud del arte, la necesidad del conocimiento, la atención a lo mundano y la omnipresencia de la verdad en los acontecimientos históricos; anunciaron un reinado fantasmal más elevado, más general y más terrible de lo que nunca llegaron a suponer.

En un principio, sólo a través de un conocimiento más preciso de la religión podrán juzgarse los terribles productos de su fantasía, aquellos sueños y delirios del órgano sagrado; sólo entonces podrá comprenderse la impor-

tancia de cada obsequio.[14] Donde no hay dioses gobiernan fantasmas, y la época en que nacieron los espectros europeos, que aclara su naturaleza por completo, es el periodo de transición de las doctrinas griegas al cristianismo.

Así pues, vengan también ustedes, filántropos y enciclopedistas, a la logia pacificadora y reciban el beso fraterno; quítenle la telaraña gris y admiren con amor rejuvenecido la gloriosa magnificencia de la naturaleza, de la historia y la humanidad. Quiero conducirlos ante un hermano que ha de conversar con ustedes, para que abran sus corazones y vistan su moribunda y querida venganza con un cuerpo nuevo, para que comprendan e identifiquen lo que se revela ante sus ojos y lo que el burdo entendimiento terrenal no pudo mostrarles.

Este hermano es el latir de una nueva época; quien lo ha sentido no vuelve a dudar de su llegada, y se yergue orgulloso y delicado entre sus contemporáneos, ante la nueva multitud de sus discípulos. Se ha formado un nuevo velo para la Santa,[15] que al ajustarlo revela la composición divina de sus extremidades, y sin embargo las oculta discretamente como ningún otro. Este velo es para la Virgen lo que el espíritu

para el cuerpo: su órgano imprescindible, cuyos dobleces son palabras de su dulce anunciación; su juego de pliegues es música cifrada, pues la lengua es para la Virgen demasiado áspera e insolente; sólo para el canto se abren sus labios. Para mí no es más que la solemne llamada a una nueva reunión primigenia, el aleteo de un pasajero heraldo angélico. Son los primeros dolores del parto; ¡que cada uno se disponga para el nacimiento!

Con la superioridad de la física que prevalece actualmente podemos comprender con más facilidad al gremio científico. El manifiesto desamparo de las ciencias se hizo cada vez más evidente mientras más nos familiarizábamos con ellas. La naturaleza comenzó a parecer cada vez más miserable en tanto mirábamos con mayor claridad, cegados ante el brillo de nuestros descubrimientos; pero esta luz era equívoca; ni con las herramientas conocidas ni con los métodos explorados conseguimos descubrir lo esencial, aquello que buscábamos. Cada investigador debió admitir que una ciencia no puede perdurar sin las demás, y así surgió la mistificación del conocimiento;[16] apareció entonces la filosofía como representante de las ciencias, hasta con-

vertirse en su figura axial. Otros descubrieron nuevas relaciones en las ciencias exactas, promovieron un intercambio activo entre ellas y buscaron esclarecer su clasificación histórico-natural. Así continúan, y es fácil intuir qué tan favorable debe de ser este trato entre el mundo exterior e interior para la sólida formación del entendimiento, el conocimiento de los primeros, el entusiasmo y la cultura de los últimos;[17] y cómo bajo estas circunstancias se esclarecen los sucesos para que el antiguo cielo se manifieste y culmine la nostalgia por él y por la astronomía viviente.

Regresemos ahora al drama político de nuestra época; el viejo y el nuevo mundo se encuentran en una confrontación abierta, la imperfección y la indigencia de las instituciones estatales se transformaron en fenómenos evidentes de la atrocidad. Francia promueve un protestantismo temporal; ¿de igual forma deberían surgir jesuitas temporales para repetir los acontecimientos de los últimos siglos? ¡Como si aquí también, al igual que en las ciencias, el último objeto histórico de la guerra fuese un contacto más estrecho entre los estados europeos!; como si se impulsara de nuevo a Europa hasta ahora ador-

mecida; como si ella deseara despertar de nuevo, ¡como si un Estado de los estados, una inminente doctrina política de la ciencia, nos amenazase! ¿No debiera aquella antigua jerarquía, la figura fundamental y reguladora de los estados, convertirse en su principio ordenador, como una visión intelectual del yo político? Resulta imposible que las fuerzas temporales se equilibren por sí mismas; sólo un tercer elemento, a la vez mundano y supraterrenal, puede resolver aquel conflicto. Entre los poderes en disputa es imposible establecer la paz; toda paz es mera ilusión, sólo armisticio; desde la perspectiva de los beligerantes, de la conciencia vulgar, ninguna unión es posible. Ambas facciones tienen indispensables pretensiones que requieren consumar en nombre del espíritu del mundo y la humanidad. Las dos son potencias indestructibles del interior del hombre: por un lado la devoción a la antigüedad, el apego a las disposiciones históricas, el amor a los monumentos patriarcales y a la antigua y gloriosa familia estatal, la dicha en la obediencia; por el otro el fascinante sentimiento de libertad, la esperanza incondicional en la hermosa esfera de la acción, el gusto por lo nuevo y lo joven, el contacto informal de todas las ciudadanías,

el orgullo por la universal y humana fraternidad, la alegría por el derecho individual y por la propiedad común, por el poderoso sentimiento ciudadano. Que ninguna espere aniquilar a la otra; todas las conquistas aquí se reducen a nada, pues la fortaleza interior de cada reino no se encuentra detrás de murallas y no se puede tomar por asalto.

Quién sabe si esta guerra será suficiente; sin embargo, nunca terminará si no se toma el laurel que sólo un poder celestial puede otorgar. La sangre se derramará por Europa hasta que las naciones se sustraigan de aquella terrible demencia que las obliga a vagar en círculos, y atrapadas bajo los efectos de la sagrada música se sosieguen y regresen a antiguos altares en una variada procesión, propagando obras pacíficas, y con ardientes lágrimas celebren un ágape sobre los campos humeantes de las batallas. Sólo la religión puede volver a despertar a Europa y consolidar la unión de los pueblos, e instalar con renovado esplendor a la cristiandad sobre la Tierra, otorgándole de nuevo su antigua labor pacificadora.

¿Acaso las naciones lo adquieren todo de los hombres excepto su corazón, su órgano

sagrado?; ¿se convertirán en amigos frente a los ataúdes de sus seres queridos, olvidando toda hostilidad sólo cuando sus desgracias y miserias se apacigüen bajo la compasión divina y un sentimiento conmovedor llene sus ojos de lágrimas?; ¿no los sobrecogerán el sacrificio y la entrega, ni anhelarán ser amigos y aliados?

¿Dónde se encuentra aquella fe amada y devota del reino de Dios sobre la Tierra, sin la cual la salvación es imposible?; ¿dónde se encuentra aquella confianza celestial de los hombres, aquella dulce devoción ante las manifestaciones de un alma arrebatada, aquel espíritu de la cristiandad que puede abrazarlo todo?

El cristianismo posee una sustancia tripartita: la primera es el elemento generador de la religión, la dicha propia de toda religión; la segunda es el vínculo con todo lo inabarcable, la comunión por medio del pan y el vino con la vida eterna; y la última es la fe en Cristo, en su madre y en los santos. De entre ellas elijan alguna, escojan las tres, es indistinto; serán cristianos y miembros de una única, eterna e indeciblemente dichosa comunidad.

La última y más perfecta forma del cristianismo evolucionó para resurgir a partir de

la antigua fe católica. Su omnipresencia en la vida, su amor al arte, su profunda humanidad, lo inquebrantable de sus votos, su dicha en la indigencia, su amistosa expansión entre los hombres, su obediencia y lealtad, la volvieron la auténtica religión erigida con los rasgos esenciales de su constitución.

Dicho cristianismo se ha purificado con la corriente del tiempo; en entrañable e indivisible unión con las otras dos formas del cristianismo hará eternamente dichosa a esta tierra. La forma casual del cristianismo casi está destruida, el antiguo papado yace en la tumba y por segunda ocasión Roma se ha convertido en ruinas. ¿No debería resurgir en Europa una comunidad de almas auténticamente santas?; ¿acaso no deberían anhelar plenamente el cielo sobre la tierra y reunirse entusiasmados para entonar sus coros?

La cristiandad debe resurgir, restaurarse, configurarse de nuevo como una Iglesia manifiesta; ignorando las fronteras nacionales habrá de acoger en su regazo a todas las almas sedientas de lo supraterrenal, transformada en digna mediadora entre el mundo antiguo y el nuevo. Debe verter una vez más la antigua

cornucopia de la bendición sobre los pueblos. La cristiandad se alzará del sagrado seno de un venerado concilio europeo y la tarea de la resurrección religiosa será orientada por divinos planes universales. Nadie protestará más por la coacción cristiana y temporal, pues su esencia será la libertad y todas las reformas estarán bajo su dirección, como procesos de un Estado pacífico y ceremonioso.

¿Es demasiado pronto o muy tarde?; no debemos preguntarlo. Seamos pacientes; vendrá, tiene que llegar la época sacra de la paz eterna, en que la nueva Jerusalén será la capital del mundo; hasta entonces manténganse serenos y animosos ante los peligros del tiempo; compañeros de mi fe,[18] anuncien el santo Evangelio con palabras y actos; permanezcan fieles a la auténtica e infinita fe, hasta la muerte.

Novalis

Traducción de Lorena Díaz González

Notas

[1] En pleno siglo XVIII la burguesía europea comenzaba a consolidarse con su carácter moderno; para ello requería explorar espacios que antes le estaban asignados a otras clases sociales y asociaciones, vulnerando y corrompiendo el carácter de la erudición y las artes, sobre todo de la música, la poesía y la pintura, consideradas de buen tono; de ahí que con "temporellen Schädlichkeit der Kultur" ("Perjuicio temporal de la cultura") el ensayo considere el gusto de la época mero artificio estético carente de alma, pues Von Handerberg comprende que la búsqueda de confort y la tecnificación en las artes encubren una inseguridad existencial: se volvieron tanto más complejas en cuanto ocultaban que ya no poseía una relación profunda con la instauración de mitos.

[2] Se refiere a la historia europea; como ya se señaló en el prólogo, Novalis desea comprender el desarrollo histórico de Occidente bajo una perspectiva distinta.

[3] Porque los clérigos se consideraban los guías de la humanidad, intercesores de una entidad más grande emanada de los cielos. Quizá sea sintomático el término de guía de almas, o "pastor", como la mitificación de sus obligaciones: dirigir la vida a un fin y proveerla de sentido, apartándola de la indeterminación en un mundo fenoménico.

[4] Hace alusión a Lutero quien, una vez inmerso en los sucesos que condujeron a la disgregación de la Iglesia, consideraba que negar su propia sedición contra la sede papal significaba asesinar espiritualmente a todo un pueblo; presionado por esa terrible coerción, en algún momento confesó haber sido arrastrado por fuerzas ajenas.

[5] El sentido de la oración es: antepuso la validez de la Biblia a las instituciones eclesiásticas, y a su vez a la naturaleza del Espíritu Divino. Según Gadamer, puesto que la religión mítica de la Hélade era un culto público, no establecido en textos canónicos, se encontraba expuesta a la constante crítica y por tanto le era habitual una continua transformación. Con la escritura del Nuevo Testamento el cristianismo realizó una "crítica radical" que vulneraba la naturaleza misma del mito al oponerlo al *logos*, entendido como verdad comprobable de la religión; pero a diferencia de los antiguos mitos la palabra no puede fluctuar ni adaptarse, sino sólo ser interpretada; con esta crítica el cristianismo se vulneró a sí mismo en su fundamento; por tanto, no pudo resistir ni adaptarse a la aparición de un nuevo saber. En este sentido, Novalis comprende que los concilios y acuerdos de la institución religiosa eran el último resguardo que impedía la destrucción del cristianismo, los sellos que protegían su fe.

[6] El *corpus* de libros evangélicos.

[7] La afirmación "sólo en sus inicios brillan sobre él fugaces llamas celestes" es inexacta porque entre la muerte de Böhme y el nacimiento de Zinzendorf transcurrieron más de 70 años. Jakob Böhme o Boehme (Altseidenberg, 1575-Görtlitz, 1624) fue un humilde zapatero y pensador que buscaba conjugar el misticismo medieval con la filosofía de la naturaleza, durante el pleno apogeo de la Iglesia luterana. En su juventud la belleza de un rayo de luz reflejado sobre una superficie de cobre lo mantuvo en éxtasis durante siete días; al recobrarse creyó que le había sido revelada la estructura espiritual del universo. El zapatero de Görtlitz fue continuador de la corriente del místico especulativo Meister Eckhart; entre diversas obras fue autor de *Aurora*, *Acerca de los predestinados*,

Signatura rerum y *Misterium magnum*. Ejerció una significativa influencia en autores del idealismo poskantiano, sobre todo en Hegel y en Schelling; sus ideas fundamentales consistían en creer que Dios se encuentra más allá de todas las oposiciones, como el *Urgrund*, el abismo o fundamento esencial, al mismo tiempo el todo y la nada: "ni luz, ni oscuridad, ni amor, ni ira, sino eterna unidad". Böhme consideraba que Dios se regeneraba a sí mismo a través de la eternidad, como una fuerza continua pero mutable. En este mismo ensayo Novalis lo parafrasea cuando refiere las tres fuentes de que emana la fe, pues Böhme relacionó los tres estadios de la vida de Jesús con las formas en que se manifiesta el misterio de la Trinidad: el origen del deseo de creación es el Padre (fuego), y la revelación del poder de dicha voluntad el Hijo (luz), mientras la unión esencial de ambos conforma al Espíritu Santo (espíritu), las tres voluntades, los tres elementos de una misma entidad. Nikolaus Ludwig von Zizendorf und Pottendorf (Dresden, 1700-Hernmut, 1760) fue un conde que se convirtió en teólogo, e incluso llegó a ser obispo de la Iglesia morava. Buscó revitalizar la unidad de las iglesias bajo una sola comunión luterana, pues consideraba que no podía existir la cristiandad sin comunidad. Durante la coronación de Christian VI en Copenhague, Zinzendorf conoció a Anthony Ulrich, un esclavo converso del este de la India; como resultado el obispo inició la primera misión protestante, y pronto la Iglesia morava expandió sus actividades por África, América, Rusia y otras partes del mundo.

[8] Se trata de una referencia a los jesuitas y a la Contrarreforma.

[9] En otros textos políticos Novalis se pregunta por las razones que conducen a la elección de determinado sistema de gobierno, ya que a pesar de su preferencia

por la monarquía, aspira a una especie de sincretismo político; cree que cuando la superioridad del espíritu alcance a todos los hombres la estructura del Estado será indistinta: "Si todos los hombres fueran como pueden y deben llegar a ser, las formas de gobierno serían indiferentes; la humanidad sería gobernada igual en todas partes, de acuerdo con sus leyes fundamentales".

[10] Cobra sentido con lo que se ha dicho anteriormente: ¿debe el cristianismo dar paso al luteranismo cuando este cambio inhibe el carácter divino de ambos?; y a su vez: ¿debe la ciencia suceder a la religión a pesar de no haber logrado solucionar los problemas metafísicos que le han sido heredados junto con su predominio?

[11] Novalis apela al mundo del mito, de la magia y la imaginación.

[12] Para Von Hardenberg, quizá por asimilación de algunas nociones de Jakob Böhme, Dios era una entidad que evolucionaba progresivamente a lo largo de la historia, expresándose en las manifestaciones más profundas de la naturaleza humana: el pulso divino que se devela en múltiples investiduras; cada nueva revelación se nutre de elementos precedentes que evidencian su continuidad: el mundo es una entidad que aspira a ascender hasta Dios, que es la gloriosa culminación de la historia. Así, Jesucristo se convierte en parte de un proceso mucho más amplio, que culminó en el cristianismo como en una especie de evolución metafísica del hombre: el instante excepcional en que un dios adquirió todas las cualidades humanas, sufrió y murió como nosotros. Sin embargo, para que Jesús se asentara como único Dios, otras manifestaciones divinas tuvieron que precederlo; por eso la alusión al pan y al vino remite tanto al acto eucarístico como al antiguo culto dionisiaco. La ambigüedad de esta referencia entre el culto al Dios cristiano y el culto

a Dionisos también fue expresada por Hölderlin en su poema "Pan y vino". Siguiendo esta corriente, Novalis se refiere no a la resurrección de Cristo sino al despertar de los dioses sobre la tierra; en sus propias palabras: "Dios quiere dioses"; la última barrera que nos separa de ellos debe ser destruida.

[13] Como ya se mencionó en el prólogo, Novalis habla de la oposición entre la religión y la ciencia, la fe y la razón, el mito y el *logos*; desde su perspectiva se entiende que el Medievo tardío derivó en época de la crisis de la religión, como actualmente nos encontramos en una crisis de la ciencia.

[14] Es decir, las revelaciones, los milagros y los mitos, las emanaciones divinas en general, las cuales deben ser puestas a prueba.

[15] El velo ceñido a que alude es característico de Isis, mientras la Virgen María viste un manto. Así pues, se presenta una doble alusión. Von Hardenberg se refiere al mismo tiempo a María y a Isis, cuyo nombre egipcio es Ast, la cual fue asimilada por el culto mariano a través de doctrinas griegas. Su influencia es evidente en el arte de Constantinopla y durante todo el Medievo a través de las representaciones conocidas como vírgenes negras. Isis es la gran diosa madre de la sabiduría, la reunificadora, aquella que restituye el poder divino; tras su velo oculta el Misterio. En una antigua y oscura inscripción de una tumba en Menfis dedicada a la deidad puede leerse: "*Quid fuit, quid est, quid erit*": "Soy todo lo que ha sido, todo lo que es y todo lo que será". Levantar su velo significa volverse inmortal. En *Los discípulos en Saïs*, obra en que ya había ahondado en este motivo, sentencia: "Aquel que rehúsa, aquel que carece de voluntad para levantar el velo, no es un auténtico discípulo ni digno de permanecer en Saïs".

[16] El sentido de esta oración no está claro; quizá se refiera a la disgregación del conocimiento en distintas disciplinas, disgregación anunciada en *Los hermanos Karamazov* de Dostoievsky y en el *Doctor Faustus* de Thomas Mann. Habría que recordar que los románticos buscaban la unidad de las ciencias y las artes; Novalis incluso aspiró a esta comunión en su proyecto de enciclopedia, en el que deseaba unir elementos artísticos con conceptos de las ciencias naturales.

[17] Al parecer "los primeros" serían para Von Hardenberg los ilustrados, mientras que "los últimos" serían los románticos que han abierto un nuevo camino en las ciencias al comprender sus relaciones.

[18] Por "compañeros de mi fe" se refiere a los románticos, no a los cristianos, y el santo Evangelio que anuncia no son las sagradas escrituras, sino el nuevo estatus del cristianismo: "la concepción entrañable de un nuevo mesías en sus miles de miembros", la restauración de un nuevo orden diurno, profundo, diverso y creativo.

Cronología de Novalis

1772 Nace en Sajonia el 2 de mayo, en el seno de una familia noble, con el nombre de Friedrich Leopold von Hardenberg.

1878 La familia se traslada a Weißenfels, donde el padre va a dirigir las salinas de Artern.

1789 Comienza sus estudios en el Gimnasio de Eisleben.

1790 Ingresa en la Universidad de Jena para estudiar filosofía; allí será alumno de Schiller.

1791 Se traslada a Leipzig para continuar sus estudios y establece amistad con Ludwig Tieck y los hermanos Schlegel.

1797 Muere su prometida, Sophie von Kühn, a causa de la tuberculosis.

1798 Aparecen en la revista *Das Athenaeum* sus *Himnos a la noche* y dos series de *Fragmentos*, únicas obras que vio publicadas en vida.

1800 Se traslada a Dresde para aspirar a una plaza de jefe de administración.

1801 Muere en Weißenfels el 25 de marzo, también víctima de tuberculosis. La mayor parte de su obra fue publicada póstumamente por Friedrich Schlegel y Ludwig Tieck.

Bibliografía mínima

Novalis, *Himnos a la noche*, México, Ediciones Coyoacán, 1966; *La cristiandad o Europa*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1977; *Enrique de Ofterdinguen*, Barcelona, Bruguera, 1983; *Los discípulos en Saïs*, Madrid, Hiperión, 1988; *Himnos a la noche*, Valencia, Pre-Textos, 1995; *La enciclopedia*, Madrid, Fundamentos, 1996; *Canciones espirituales*, Sevilla, Renacimiento, 2006; *Gérmenes o fragmentos*, Sevilla, Renacimiento, 2006; *Escritos escogidos*, Madrid, Visor, 2007; *Estudios sobre Fichte y otros escritos*, Madrid, Akal, 2007.

La cristiandad
o Europa, de la colección
Pequeños Grandes Ensayos, editado
por la Dirección General de Publicaciones y
Fomento Editorial de la UNAM, fue impreso en
septiembre de 2009 en Impresora y Encuadernadora
Progreso, S.A. de C.V., San Lorenzo núm. 244, Col.
Paraje San Juan, deleg. Iztapalapa, C.P. 09830, México,
D.F. En su composición se usaron tipos ITC Century Book
9/13, 8/12 y Bell MT 20/21 pts. Para la impresión de los
interiores se usó papel bond ahuesado de 90 g; para los
forros, cartulina Domtar Feltweave de 216 g y para el
guardapolvo, Domtar Feltweave de 194 g. La formación
estuvo a cargo de Ma. Dolores Rodríguez. La edición
consta de 1 000 ejemplares y estuvo al cuidado de
Odette Alonso y Alejandro Soto V. Coordi-
nación editorial: Elsa Botello L. Tipo de
impresión: offset.